



Serafín Estébanez Calderón

**El asombro de los andaluces
o Manolito Gázquez, el sevillano**

...Con tus mentiras a nadie agravias
y a todos entretienes; éstas no son
mentiras, sino ingeniosidades; no son
mentiras vulgares, digo, sino fábulas
poéticas.

(SALAS BARBADILLO, Estafeta del dios MOMO)

Así españoles como extranjeros, saben el remoque con que son señalados los andaluces. Todos, al, oírles relatar tal historia o cual noticia, llaman en auxilio de sus respectivas creederas la suma total de las reglas de la crítica para fijar en algo o acercarse a la verdad; todos, escuchándolos citar guarismos y vomitar cantidades, cercenan, rebajan, sustraen, amputan y restan, y no contentos aún, sacan la raíz cúbica del residuo, y todavía admitiendo tal cantidad por buena, creen hacer mucho favor al bizarro y boyante contador y de numerador andaluz. Fuera agraviar a cuatro grandes provincias que valen otros tantos imperios, suponerles en su calidad y condición algo tan rahez y de baja ley que pueda trocarse con el embuste y confundirse con la gratuita mentira. Esto siempre revelará algún defecto en el carácter, cierta falta

en el corazón, siendo así que, en contraste con todas las demás de España, no hay ninguna que sobre la Andalucía presente mayor número de héroes, de hombres valientes, y todos saben que la cualidad más contraria al valor es la mentira. Por consecuencia, es necesario buscar en otra parte el origen de esta afición, de esta propensión irresistible a contar, a relatar siempre con encarecimiento y ponderación, a demostrar los hechos montados en zancos, y a presentar las cantidades por océanos insondables de guarismos. Tal cualidad tiene su asiento y trono en lo más principal y pintipirado del alma, en la fantasía, en la imaginación. Lo que se ve en aumentativo no puede explicarse por microscopio, lo que se multiplica en el pensamiento no puede unirse por los labios, si se permite la expresión, ni lo que se pinta en el ánimo con todos los colores del iris, puede ni debe retratarse por la palabra, y en la narración con las tintas mortecinas de la aguada. Ahora bien: si un andaluz siente, concibe, ve, imagina y piensa de cierta manera, ¿cómo no ha de hablar y explicarse por el propio estilo? Si tal no fuese, fuerza sería desconocer el admirable acuerdo que existe entre las facultades de nuestra alma, el recíproco enlace con que se atan unos a otros los sentidos y todos se ligan a la mente, contradecir los estudios de todos los filósofos desde Aristóteles, y destruir, en fin, la verdad de la Psicología; de la ciencia del pensamiento.

Ya esta cualidad de la imaginación andaluza y su ostentosa manifestación por la palabra, la conoció el famoso orador romano hablando de los poetas de Córdoba, y la indicó en una de sus más brillantes oraciones. La mezcla con los árabes de fantasía arrebatada, pintoresca e imaginativa, dio más vuelo a tal facultad, y su permanencia de siete siglos en aquellas provincias los aclimató para siempre el ver por telescopio y el expresarse por pleonismo. Si fue en Córdoba, cabeza de la Bética y patria de grandes oradores y poetas, en donde Cicerón notó esta cualidad andaluza, si hubiera vivido dieciocho siglos después o en nuestros días, la notara, fijara y ampliara por todas aquellas grandes provincias, poniéndole empero su trono y asiento principal en la capital artística de España, en la reina del Guadalquivir, en el imperio un tiempo de dos mundos, en la patria del señor Monipodio, en la mágica y sin igual Sevilla. Los sevillanos, pues, son los reyes de la inventiva, del múltiplo, del aumentativo y del pleonismo, y de entre los sevillanos, el héroe y el emperador era Manolito Gázquez.

Manolito Gázquez, a vivir hoy, debiera ser considerado como un artista. Él daba al estaño y al latón tal forma y apariencia que con la ayuda del zumo de la oliva y de un mechón de lienzo viejo, difundía la claridad y las luces por doquiera; en una palabra, era belonero, pero al propio tiempo, era cazador; en los rosarios tocaba el fagot o pimpoddo, como él decía; en los toros era un oráculo. Por lo demás, no, había habilidad en que no descollase, aventura extraordinaria por la que no hubiera pasado, ni ocasión estupenda en que no se hubiese encontrado. Y no se crea que esta inclinación a hacerse el héroe de sus historias era por vanidad, ni que encarecía por gala ni afectación ni menos que se alejaba de la verdad por afición a la mentira. Nada de eso: su imaginación le ofrecía por verdadero cuanto decía; los ojos de su alma veían los objetos cual los refería, y su fantasía lo ponía en el mismo lugar y grado del

héroe cuya historia relataba. Júntese a todo esto la facultad preciosa de darle a sus aventuras final picante, caída adecuada, todo sin estudio, sin afectación, y por añadidura, traza singular de persona y cierta pronunciación peregrina y extraña aun para los mismos sevillanos, y se concebirá justa y cabal idea de los fundamentos que tiene la gloria duradera de Manolito Gázquez, cuyos cronistas quisiéramos ser si el espacio no nos faltara y nos ayudara el talento. Manolito Gázquez, además del «socunamiento» o eliminación de las finales de todas las palabras y de la transformación continua de las eses en zetas y al contrario, pronunciaba de tal manera las sílabas en que se encuentra la de o la erre, que sustituía estas letras por cierto sonido semejante a la «d». Esta indicación es la única que conservaremos en sus palabras, al referir algunos de sus dichos y sentencias. La vida la dividía dulce y tranquilamente entre su taller, sus amigos y su esposa doña Teresa, y de noche entre el descanso y su asistencia al rosario tocando el fagot.

Dos tardes entre semana las empleaba concurriendo, en cierto paraje enfrente de Triana, a oír leer la Gaceta, sentado sobre su capa en los maderos que en aquella ominosa época en que teníamos marina bajaban desde Segura por el Guadalquivir, y que servían en la orilla para cómodo asiento de la gente desocupada. Por aquel tiempo sólo llegaban a Sevilla cinco ejemplares de la Gaceta, único papel que se publicaba en España, cosa que prueba la infelicísima infelicidad de aquella época, en que recibíamos de América cien millones de duros al año. El que presidía el auditorio en donde concurría Manolito, cobraba un ochavo de los que acudían a oírse leer la Gaceta. Allí nuestro héroe oyó por primera vez el nombre de Austerlitz, cuya palabra jamás le pudo caber en la boca. El concurso, para formar idea minuciosamente de la topografía del terreno, hizo extender el mapa de Europa que solía acompañar en aquel tiempo a la Guía de Forasteros. (Todo el mundo sabe que el tal mapa tendría sus tres pulgadas de bojeo.) Manolito, enardecido ya con la relación de tan sangrienta jornada, seguía cuidadosamente con los ojos la punta del alfiler que a tientas iba señalando en aquel mapa gorgojo el punto donde pudo haber sido la batalla. Don Manolito, al ver que el alfiler se fijaba, exclamaba entusiasmado:

-Señoddes, aquí es, aquí es; vean ustedes el señod genedal que toca a ataque, y aquí están los vivandeddas que venden tajadillas a los soldados.

Y al decir esto, ponía su dedo rehecho y gordifloncillo sobre el reducido papel que casi lo tapaba, y de este modo calculadas las distancias, ponía esta parte de la escena a quinientas leguas del campo de batalla.

En tal gabinete de lectura y en tal tertulia oyó nuestro héroe, en su capítulo correspondiente de la Gaceta, hablar varias veces de la Sublime Puerta. La idea que concibiera Manolito Gázquez de lo que era el poder otomano, lo probará la anécdota siguiente. Cierta día trabajaba en su taller sendos clavos de ancha cabeza y de traza singular que herreros y carpinteros llaman de bolayque. Eran lucientes y grandísimos. Uno de sus visitantes, al verlos, exclamó:

-¡Qué clavos tan hermosos, grandes y bizarros!

-Catorce cajones llenos de ellos hay ya en el día -replicó don Manolito-; ¿y no han de ser hedmosos si van a sedvid pada la Puedta

Otomana?

Este hecho lo hemos oído contar al mismo interrogante, que lo fue el señor López Cepero, hoy senador del reino, y que alcanzó y frecuentó mucho el trato de nuestro héroe.

Manolito tenía gran vanidad en su habilidad de fogotista. Nadie, a juicio suyo, le prestaba a tal instrumento el empuje y sonoridad que él.

-En ciedta ocasión -dijo- quise pasmad a Doma y ad Padre Santo. Pada ello entré en da iglesia de San Pedro un día ded Santo Patrón ed primed Apóstod. Allí estaba ed Papa y dos caddenades, y ciento cincuenta y cinco obispos, y toda da cristiandad. Tocaban veinte ódganos y muchos instrumentos, y más de mid pitos y flautas, y entonaban el Pange linguae dos mid y cincuenta voces. Llega don Manodito con su casaca (iba yo de codto) y me pongo detrás de una codumna que hay a da entrada pod Odiente, así confodme se entra a mano dedecha, y cuando más bullicio había, meto un pimpoddazo y toda aquella adgazada calló y da iglesia hizo bum, bum a este dado y ad otro como pada caedse. A poco siguió la función creyendo al consistodio que el teddemoto había pasado, y entonces meto otro pimpoddazo de mis mayúsculos y da gente se asusta, y ed Papa dijo ad punto: «O ed templo se viene abajo, o Manolito Gázquez está en Doma tocando el pimpoddo.» Sadiedon y buscadme, pedo yo tenía que haced y me vine a Sevilla pada id ad dosadió.

Si algún paseante al pasar en aquellos días calurosos de estío por la puerta de Manolito se sentía aquejado por la sed y le pedía una poca de agua, gritaba al punto:

-Doña Tedesa (su esposa), bajad la jadda de odo con agua fresca, y si no está a mano venga da de plata o da de cristal, y si ninguna se encuentra, traed da talla de baddo, que este cabalredo disimudadá pod esta vez, si se de sidve con buena voluntad.

En cierto día que para una noticia que era preciso hacer saber en Cádiz, se hablaba del modo de transmitirla con mayor celeridad desde Sevilla, dijo don Manolito:

-¿pod qué no va pod agua la noticia?

-Pero siempre -le replicaron- serían necesarios tres o cuatro días.

-Dos hodas -repuso Gázquez-, yendo nadando como yo fui, cuando la guedda con ed inglés a llevad ciedta odden ded genedad. Yo me eché ad agua al anocheded en da Todde del. Odo; meto ed brazo, saco ed brazo, estoy en Tablada; meto ed brazo, saco ed brazo, heme en San Lucad de Baddamedad; meto ed brazo, saco ed brazo ad frente de Dota, y de allí como una danzadeda a Cádiz; ad entrad pod da puedta ded mad tidaban ed cañonazo y tocaban da detreta.... ¡digo, señodes, si me descuido!- aludiendo a que en tal hora se cierran en Cádiz las puertas. Como plaza de guerra, y hubiérase quedado fuera.

En el danzar, cuando sus verdes años, y creyendo sus propios informes, había sido don Manolito una Terpsícore del género masculino, un portento de ligereza y agilidad.

-Una noche -decía- estaba yo en da tედudia de da condesa de... (siempre entre gente de calidad) y allí habían baidado ciedtos itadianos bastante bien. Don Manolito no quiso baidad aquella noche, pedo das señodas me dogadon tanto que ad fin sadí haciendo mi devedencia y mi paseo. Comienzan a tocad y yo a figudad y a tenzad; ellos tocando y yo

tenzando y dando con da cabeza en ed techo, todos midando y yo tenza que tenza; das señodas, «Manodito, bájese usted», y Manodito tenza que tenza...; cuando concluí, pod gusto saqué ed dedoj..., quince minutos estuve en ed aide.

En los toros valía doble el andamio donde tomaba asiento Manolito Gázquez. Siempre tenía la palabra. No había suerte que él no comentase, ni lance que no sujetase a su crítica, aunque todo lo presidiese el famoso Pepe Hillo, que era muy su amigo.

-Quítesese de allá ed señod Pepe, no sabe usté ed mosquito que tiene dedante. Oiga usté dos consejos del maestro de dos todos...

Una tarde salió nuestro héroe muy disgustado de la corrida.

-Ya no hay hombre en Sevilla -decía-. Hasta ed señod Pepe se ha convedtido en monja; a no sed pod don Manolito, ¿qué hubieda sido de da cuadrilla? El todo -añadía- había baddido ya da plaza dos de a caballo dodando, dos peones en das vayas y ed señod Pepe enfrontidado por ed todo y do iba a ensadtad cuando don Manolito se echó a da plaza y da fieda se dispadó a mí y deja ad señod Pepe y addemete...

-¿Y qué sucedió?- le preguntaban los del asustado auditorio.

-Y addemete y yo de meto da mano pod da boca y de pronto de vuedve como una cadceta poniéndole da cabeza donde tenía ed dabo, y ed todo salió más dispadado que antes y fue a dad ciego en ed bukladado de enfrente y se estrelló y das muditas viniedon pod éd.

Don Manolito, como de generación algo trasañeja y muy lejos de los adelantos del siglo actual, era español castizo y antifrancés por todo extremo, y eso que no alcanzó en vida los desahogos de Murat en el Dos de Mayo, ni el saqueo de Córdoba, ni las lindezas de gabachos y afrancesados de 1808. Por lo mismo y tal antipatía, nada era de extrañar que a tiempo o a deshora, se estremeciese, despeluznara y conturbarse al oír por las esquinas y cantones del barrio el pito del castrador, o silbar por los zaguanes y antipatios la piedra aguzadera que a fuerza de rueda y agua mordía el acero de los cuchillos y tijeras, todo por obra y manufactura de los labios, patas y manos de algún auvernés o picardo. Al pasar tales estantiguas por jurisdicción de la casa de don Manolito, y según y conforme más o menos avinagrado se hallaba de condición, así era el recibimiento que les hacía. Si el cielo de su frente, a dicha, se mostraba despejado y sereno, en cuanto escuchaba el chiflo o entendía el pregón del amolador, partía la telera de pan y escanciaba en el vaso media azumbre de vino, y saliendo al umbral de la puerta, calle de Gallegos, comenzaba a decir:

-Venga acá, capullo, y no me adbodote da vecindad. Tome este trago y este taco y váyase duego a otra padte con sus heddamientas, dejándonos con nuestra entedeza y menestedes. En esta tienda los hieddos se dan fido unos hieddos contra otros hieddos y no con piedda aspedón, y nos vamos a la sepudtuda como vinimos ad mundo.

Cuando el clamoreo de mala y aviesa catadura Cogía al buen andaluz de mal temple, no había inventiva en su magín, ni especie o palabra picante en el diccionario que desde su puerta o ventana no se las disparase a grito hendido sobre el deshonesto francés pordiosero si era de los de la piedra de asperón. Tal vez acertó a estar en su tienda cierta persona grave, que al ver el alboroto de Manolito, que en pocas ocasiones se

descomponía, le manifestó grande extrañeza por sus voces y exclamaciones. Nuestro héroe al oírlo replicó:

-Chodizo (esta era la interjección más formidable que solía permitirse), chodizo -volvió a repetir-, ¿no ve usted que si dos gabachos dan en venid con das pieddas y dos chiflos concludán pod amolad a dos españodes y pod dejadnos útidés sodo para eunucos ded gran tudco o ded empedadod de Madduecos?

Por lo que después ha sucedido y en la actualidad estamos alcanzando, verán nuestros lectores que don Manolito, además de otros muchos, poseía también el don de la profecía.

Fuera prolija tarea referir los destellos poéticos de maravillosa magia de encarecimiento inmenso con que Manolito Gázquez immortalizó su nombre en la poética, en la mágica y ponderativa Sevilla. Pondremos fin con el siguiente rasgo. Cierta día nuestro héroe asistió con gran parte de la nobleza y juventud sevillana, que siempre lo admitía en su círculo, a un palenque de arma, en donde así se hacía alarde de la destreza del sutil florete, como del irresistible poder de la espada negra. Después que dos contendiente admiraron al concurso por sus primores, su gallardía, sus tretas, sus estocadas, sus quites, y que reiterándose del asalto dejaban a todos los aficionados con impresión profunda de agradable sorpresa, uno de los más notables por su habilidad en las armas, le preguntó a nuestro héroe:

-Y usted, Manolito, no juega la espada?

-Ese ha sido mi fuerde -replicó-; yo soy discíolo de dos discíulos de Caddanza y Pacheco. ¿Se acueddán utedes de das famosas lluvias ded año setenta y seis?

-Sí, nos acordamos.

-Pues en una de aquella noches de diduvio -prosiguió- estaba yo en da tედudia de da señoda marquesa de *** Todas das señodas se habían ya detidado en sus coches y sólo quedaba da condesita de *** y su hedmana, que no podían idse podque su caddoza no había podido llegad con ed agua. Aquellas señodas se afligían y quedían idse, ¿y qué hace Manodito?, saca da espada y dice: señodas, agáddense ustedes, y Manolito da con da espada a da lluvia: taz, taz, taz, tedcia, cuadta, prima, siempre con ed quite y ed depado, llegamos ad padacio; ni una gota de agua había podido tocad a das seflodas, y dejábamos detrás ahogándose a da Gidadda.

Manolito Gázquez, cuya juventud, por su lozanía, conservó hasta lo último de su vida, murió cerca ya de los ochenta años, al entrar el famoso de 1808.

¿Qué hubiera dicho este rey de los andaluces si, viviendo algunos meses más, alcanzara el trágico Dos de Mayo, la inmortal jornada de Bailén? ¿Qué no hubiera visto aquella poderosa imaginación en las poderosas maravillas que entonces improvisó el verdadero entusiasmo, el no mentido patriotismo español! Manolito Gázquez, presenciando la lucha- por la independencia y los principios de nuestras disensiones civiles, hubiera sido para hechos de la primera un cristal de crecidísimo aumento, como para los segundos un prisma que los descompusiera y presentara en términos de arrancar algunas agradables lisas, en cambio de las muchas lágrimas y sangre que nos han costado. Si nuestro héroe hubiera llegado, como milagro de longevidad, hasta la guerra cuya primera jornada acaba de concluir

(estamos en 1841), entonces es indudable que le viéramos o escribiendo algún boletín de noticias en un periódico, o bien al lado de algunos generales redactando partes de encuentros, asaltos y batallas. ¡Tanta feria hubiera tomado su peregrina facultad de aumentar lo poco, y de ver lo que no había!

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

